

5º Retiro: DISCÍPULOS MISIONEROS... COMO MOISÉS

(Extraído de “Llamados por la Gracia de Cristo – Material de ACGA”, “*Evangelii Gaudium*”
“*Gaudete et exsultate*”, Revista ORAR)

VER:

Murió José así como sus hermanos y toda aquella generación. Los israelitas eran muy fecundos y se multiplicaron mucho; aumentaban progresivamente y llegaron a ser tan numerosos que llenaron toda aquella región... Entonces pusieron sobre ellos capataces que los oprimiesen con duros trabajos... los egipcios los sometieron a una dura esclavitud y les hicieron la vida imposible, obligándolos a hacer trabajos extenuantes... El faraón dio esta orden a todo su pueblo: “Arrojad al río a todos los niños que nazcan; a las niñas, dejadlas vivir.”

Un hombre de la familia de Leví se casó con la hija de otro levita. Ella concibió y dio a luz un hijo y al ver que era muy hermoso lo tuvo escondido durante tres meses. No pudiendo ocultarlo más, tomó una cesta de papiro, la calafateó con betún y pez, puso dentro de ella al niño y la dejó entre los juncos de la orilla del río.

Entonces la hija del faraón bajó a bañarse al río y vio la cesta en medio de los juncos. Cuando la abrió y vio al niño, que estaba llorando, se sintió conmovida. La hermana del pequeño fue a buscar a la madre del niño, a quien la hija del faraón encargó: “*Toma este niño y créamelos; yo te lo pagaré.*” La mujer tomó al niño y lo crió. Cuando se hizo grandecito, se lo llevó a la hija del faraón, la cual lo adoptó y le dio el nombre de Moisés.
(Ex 1, 6-2, 10)

Continuamos reflexionando acerca de la necesidad de sentirnos llamados y enviados por el Señor para ser hoy sus discípulos misioneros, para anunciar su Buena Noticia al mundo de hoy y para ir haciendo cada vez más presente su Reinado, tratando de vivir en santidad.

Tenemos que sabernos y sentirnos llamados y enviados, como Abraham, como los pastores, y como José (tal como vimos en el último retiro). Hoy continuamos nuestra contemplación de quienes han sido llamados y enviados por Él a lo largo de la Historia de la Salvación.

En el retiro anterior veíamos que José fue llamado y enviado de un modo peculiar, a través de situaciones aparentemente sin salida para él, pero desde su confianza y apertura a Dios supo llevar adelante su papel en la historia de salvación de su pueblo.

La historia de José terminaba bien, pero no todo será color de rosa en esa aventura que empezaba. El texto con el que hemos comenzado nos muestra que, pasados algunos siglos, la historia ha cambiado de rumbo y los descendientes de Jacob claman desde el fondo de su esclavitud. Entonces será preciso que Dios vuelva a intervenir, esta vez por medio de Moisés, para sacar a su pueblo de la esclavitud.

El texto bíblico nos indica que Moisés creció en la corte del Faraón; la educación que allí recibió le permitirá, más tarde, ser un jefe. Moisés fue el gran amigo de Dios, el mediador entre Dios y su pueblo, siempre “en la brecha” para interceder por sus hermanos. Fue el creador del pueblo judío. En Egipto no había más que un conglomerado mal organizado de algunos grupos semitas, sometidos a esclavitud y a trabajos forzados. Él fue quien los sacó de la esclavitud y quien comenzó a hacer de ellos una nación, unificada por la Ley y por el convencimiento de la elección divina.

¿Cuál es la característica del primer periodo de la vida de Moisés? Moisés es objeto de una providencia especial de Dios que lo salva: he aquí el significado de la historia de Moisés niño. Tendría que haber sido asesinado, pero en cambio se salva y recibe una educación refinada: la sabiduría política de un imperio muy bien organizado; la sabiduría económica de una gran estructura social y comercial; la sabiduría técnica que permitía construir pirámides, templos, edificios...

Pero Moisés, a la vez que se promocionaba personalmente, no renegaba de su origen ni de la gente de su pueblo. Un día se escapa del palacio del Faraón y va a las obras donde trabajan como esclavos sus hermanos de raza. Es testigo de las cargas y de los azotes. Se le revuelve la sangre y mata a un egipcio que maltrata a un hebreo. Luego, previendo que va a ser denunciado, huye al desierto donde intenta comenzar una nueva vida, casándose y teniendo hijos...

El desierto será el segundo lugar de la formación de Moisés en que se capacitará para ser un jefe, capaz de conducir a todo un pueblo a través del desierto.

En todo este proceso vital de Moisés podemos ver que Dios prepara desde lejos lo que tiene intención de realizar un día.

Para la reflexión:

- Moisés es objeto de una providencia especial de Dios. ¿Puedo yo decir algo semejante? ¿He gozado de una buena familia, he recibido una buena educación? ¿Qué circunstancias, experiencias... he vivido que me han servido de mucho luego como persona cristiana adulta?
- Si me detengo a pensar, ¿en dónde estaría si el Señor no me hubiera tendido su mano? Por lo que puedo intuir, ¿en qué habría sido diferente mi vida?
- El desierto será el segundo lugar de la formación de Moisés: ¿he tenido yo alguna época de “desierto”? ¿Qué experiencias aprendí durante ese periodo?

JUZGAR:

Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Trashumando por el desierto llegó al Horeb, el monte de Dios, y allí se le apareció un ángel del Señor, como una llama que ardía en medio de una zarza. Al fijarse, vio que la zarza estaba ardiendo pero no se consumía. Entonces Moisés se dijo: «Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión, y ver por qué no se consume la zarza».

Cuando el Señor vio que se acercaba para mirar, le llamó desde la zarza: - ¡Moisés! ¡Moisés!

Él respondió: - Aquí estoy.

Dios le dijo: - No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado.

Y añadió: - Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios.

El Señor siguió diciendo: - He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. Voy a bajar para liberarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí. He visto también la opresión a que los egipcios los someten.

Ve, pues; yo te envío al faraón para saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas.

Moisés dijo al Señor: - ¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los Israelitas?

Dios le respondió: Yo estaré contigo y ésta será la señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte.

Moisés replicó a Dios: - Bien, yo me presentaré a los israelitas y les diré: El Dios de vuestros antepasados me envía a vosotros. Pero si ellos me preguntan cuál es su nombre, ¿qué les responderé?

Dios contestó a Moisés: - Yo soy el que soy. Explícaselo así a los israelitas: «Yo soy» me envía a vosotros.

Y añadió: - Así dirás a los israelitas: el Señor, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, así me recordarán de generación en generación.

Ellos te escucharán. Entonces irás con los ancianos de Israel al rey de Egipto y le diréis: «El Señor, el Dios de los hebreos, se nos ha manifestado; permítenos hacer una peregrinación de tres días por el desierto para ofrecer sacrificios al Señor, nuestro Dios». (Ex 3, 1-18)

El texto de la zarza ardiente marca el momento del descubrimiento de la iniciativa divina en la vida de Moisés. La zarza ardiente es una escena de vocación. Dios lo llama por su nombre. Le va a revelar su proyecto de liberación y le confía la misión de realizarlo. Moisés comienza a comprender que hay un plan para su vida, mayor que el que él mismo había pensado.

Moisés se encuentra en el desierto guardando un rebaño. No está delante de un tabernáculo sagrado, sino delante de una zarza, algo común y corriente. ¡Ningún lugar de la tierra está vacío de Dios! También el desierto, lugar de desolación, de aridez, es una tierra santa, lugar de la presencia de Dios, lugar donde Dios se revela.

Ante la zarza que arde sin consumirse, lo primero que hace Moisés es maravillarse. Podría haber huido, pero en cambio se acercó para ver de qué se trataba, para intentar comprender. Moisés se hace preguntas que necesitan una respuesta, quiere saber y por eso hace un esfuerzo: abandona la comodidad de la llanura, deja las ovejas y comienza la subida fatigosa de la montaña, con tal de llegar hasta allá y saber.

Yahvé vio que Moisés se acercaba a mirar y lo llamó desde la zarza. Moisés escucha su nombre; podemos imaginar la sensación de miedo y al mismo tiempo de maravilla cuando oye que lo llaman en el desierto, en donde no hay absolutamente nadie. Moisés se da cuenta de que hay alguien que sabe su nombre, alguien que se interesa por él; y responde a esa llamada.

Moisés va entendiendo la iniciativa divina: no es él quien busca a Dios, es Dios quien busca a Moisés, y lo busca en donde se encuentra en ese momento. Y el lugar en donde se encuentra Moisés, aunque sea un lugar miserable, abandonado, sin recursos... ese lugar es “sagrado”, allí está la presencia de Dios, allí se manifiesta la gloria de Dios.

Dios hace suyo el sufrimiento del pueblo de Israel esclavo en Egipto. Dios no aparece como un Dios distante, alejado, indiferente, extraño. **El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí. He visto también la opresión a que los egipcios los someten.** Dios toma partido, decide intervenir a favor del pueblo oprimido, esclavo.

La acción amorosa de Dios se describe como un movimiento liberador: desde su mirada **ve, conoce, siente**, y se decide a intervenir. El Dios de sus padres, ligado a una historia de amor, va a rescatar a los suyos. Pero cuando Dios decide intervenir en la historia de la humanidad, manda a alguien. Dios quiere que Moisés comparta su proyecto. Dios siempre lleva a cabo sus planes por medio de intermediarios humanos, hombres y mujeres, también por medio de nosotros.

Lógicamente, Moisés pide conocer el nombre del Dios que lo envía, porque en la cultura semita el nombre indica “el ser” profundo, sólo existe lo que tiene nombre. Y Dios responde: **Yo soy el que soy, yo soy.** El nombre de Dios significa: Yo existo. Dios es el ser que posee su existencia en sí mismo, el único que existe verdaderamente. Los demás y lo demás somos criaturas suyas.

Así Dios no es “algo”, como suelen imaginarse muchas personas. Dios tiene un Nombre, es Alguien vivo, real, que está cerca con poder y misericordia. Es un Dios salvador.

La revelación plena y definitiva del Nombre de Dios se producirá en Jesús de Nazaret, la Palabra hecha carne. El evangelista Juan pone repetidas veces en boca de Jesús la expresión “yo soy” como una alusión a la afirmación solemne de Dios sobre sí mismo. Jesús nos dice su nombre como Dios había dicho su Nombre a Moisés. Jesús es Dios, que ha venido y está presente, que ha bajado y actúa para salvar. A Dios nadie lo ha visto nunca. Su nombre verdadero, visible, definitivo, es Jesús.

Para la reflexión:

- Moisés se encuentra con Dios en el desierto: ¿en qué “desiertos” de mi vida puedo descubrir también la presencia de Dios?
- ¿Qué “terrenos sagrados” piso habitualmente? ¿Voy con cuidado?
- Moisés, ante la zarza ardiente, siente curiosidad, quiere comprender, busca respuestas: ¿Cuál es mi actitud ante el Misterio de Dios? ¿En qué temas necesito buscar respuestas? ¿Cómo las busco?
- Dios llama a Moisés por su nombre: ¿En alguna ocasión me he sentido llamado personalmente por Dios, o que su Palabra iba dirigida particularmente a mí?
- **He visto... he oído... conozco:** ¿Tengo experiencia de la cercanía de Dios en situaciones de sufrimiento? ¿Puedo afirmar que “ve, escucha y conoce” a las personas en dicha situación?
- Dios revela a Moisés su nombre: ¿Qué nombre doy yo a Dios? ¿Qué significa para mí que Jesús sea el Nombre definitivo de Dios?

ACTUAR:

Moisés respondió: - No me creerán, ni me escucharán; dirán que no se me ha aparecido el Señor. El Señor le dijo: - ¿Qué tienes en tu mano? Él respondió: - Un cayado. El Señor le dijo: -Tíralo al suelo. Él lo tiró y se convirtió en una serpiente. Al verla, Moisés se echó hacia atrás. Pero el Señor le dijo: - Échale mano y agárrala por la cola. Al echarle mano y agarrarla por la cola la serpiente se convirtió de nuevo en cayado. – Así creerán que me he aparecido a ti, yo, el Señor, el Dios de tus antepasados, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

Moisés dijo al Señor: - Pero, Señor, yo no soy un hombre de palabra fácil. No lo era antes, ni tampoco lo soy desde que tú me hablas; soy tardo en el hablar y torpe de lengua.

El Señor le replicó: - ¿Quién ha dado al hombre la boca?, ¿quién hace al sordo y al mudo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, el Señor? Así que, vete; yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de decir.

Moisés replicó: - Ay, Señor, envía a cualquier otro.

El Señor se irritó contra Moisés y le dijo: - Ahí tienes a tu hermano Aarón, el levita; yo sé que él tiene facilidad de palabra. Saldrá a tu encuentro y al verte se alegrará. Tú le dirás lo que debe decir; yo estaré en tu boca y en la suya, y os mostraré lo que tenéis que hacer. Él hablará por ti al pueblo, él será tu portavoz. Lleva este cayado en la mano, porque con él realizarás los prodigios.

(Ex 4, 1-17)

El encuentro con Dios cambiará radicalmente la vida de Moisés, es un acontecimiento salvador que le abre a un nuevo tipo de existencia. En el diálogo destaca el contraste entre la resistencia humana y la insistencia del Señor que mantiene su llamada. Dios está decidido a actuar y promete su eficaz ayuda. Moisés se sabe incapaz, pero el Señor le exige que se abandone en sus manos.

Nuestro Dios es un Dios activo, que toma partido, que se compromete y pide que nos comprometamos con Él. Dios quiere contar con nosotros, como discípulos misioneros, para ofrecer su plan de salvación. Llamada, revelación y misión están inseparablemente unidas. Dios nos llama y nos revela su misterio, su Nombre, para que nosotros lo comuniquemos a los demás.

En la vocación y misión de Moisés encontramos el esquema permanente de toda “vocación”, de entonces y de ahora. Parte de un acto absolutamente libre por parte de Dios, porque Dios tiene siempre la iniciativa y llama a quien quiere y cuando quiere.

Por su parte, Moisés aparece como quien se niega a hacerse cargo de una difícil misión, poniendo toda clase de dificultades. La llamada de Dios exige mucho y produce en la persona una reacción de miedo. Esto fue lo que sucedió con Moisés; él busca huir de la misión que acaba de recibir y presenta varias excusas, como las ponemos nosotros para no ser discípulos misioneros:

En primer lugar se siente incapaz: ¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los Israelitas? Piensa que es alguien sin importancia, si poder, no sirve para la misión que le encomienda Dios.

En segundo lugar alega falta de conocimientos y dice: si ellos me preguntan cuál es su nombre, ¿qué les responderé? No sabe dar razón de su experiencia de fe, no conoce a Dios lo suficiente.

Después pone como pretexto la falta de fe de parte del pueblo: No me creerán, ni me escucharán; dirán que no se me ha aparecido el Señor. Moisés teme una reacción en contra de los demás.

A continuación vuelve a insistir diciendo que no sabe hablar: **yo no soy un hombre de palabra fácil... soy tardo en el hablar y torpe de lengua.** Muchas veces también nos escudamos en una supuesta incapacidad: “es que no sé explicarlo me cuesta mucho...”

Todos estos pretextos, en el fondo, escondían el miedo de Moisés y su poca voluntad de comprometerse en serio. Pero cada vez, Dios le contesta rebatiendo sus excusas. Y la respuesta de Dios deja bien claro que no había motivo para tener miedo: **yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de decir.**

Al final, Moisés habla claro y dice: **Ay, Señor, envía a cualquier otro.** O sea: manda a quien quieras, pero no a mí. Déjame, no me compliques la vida...

Pero el autor refleja que Dios se irrita con Moisés y también habla claro: **Tú le dirás lo que debe decir; yo estaré en tu boca y en la suya, y os mostraré lo que tenéis que hacer.** Moisés tiene que ir, no hay excusa que valga. Lo decisivo no es la capacidad del enviado (recordemos la frase: “Dios no elige a los capacitados, sino que capacita a los que elige”) sino la palabra que Dios le entrega, aunque sea Aarón quien la pronuncie.

En ese proceso de discernimiento y diálogo, el autor nos muestra que, hasta ahora, Dios era para Moisés uno por el cual había que hacer mucho. Ahora Moisés empieza a entender; Dios es distinto: hasta ahora lo había conocido como una especie de patrón exigente, más que el faraón; ahora comienza a entender que es un Dios de misericordia y de amor, que se ocupa de él y del pueblo.

Y una vez Moisés hace ese descubrimiento, Dios lo envía, le da su confianza: **Ve, pues; yo te envío al faraón para saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas.** Moisés se acercó a la zarza ardiente movido por la curiosidad, y se encontró llamado por su nombre por Dios, y conoció el nombre de Dios. De ese encuentro con Dios, Moisés sale sabiéndose enviado no para una obra suya, sino para la obra de Dios, siendo colaborador, discípulo misionero, en la liberación del pueblo.

Moisés va a ver y se encuentra con algo que hacer. Su vocación se traduce en una misión. La llamada hace de él un enviado. Moisés representa el camino, a veces largo y difícil, por el que la persona va descubriendo, poco a poco, a través de la realidad, cuál es la voluntad de Dios para con ella. Y cómo se produce la respuesta a la llamada y envío de Dios para ser discípulo misionero.

Dios quiere tener necesidad de los seres humanos. Podemos decir que Él está más presente en el mundo si nosotros no estamos ausentes; que Él se hace especialmente cercano a las personas cuando nosotros nos hacemos “próximos”.

Cuando Dios se nos muestra no lo hace para que tengamos un momento de goce extático, ni para satisfacer nuestra curiosidad, sino para comunicarnos lo que espera de nosotros. Reflexión, oración y contemplación significan fundamentalmente estar a la escucha pero poniéndose a disposición para pasar a la acción. Si respondemos como Moisés, Dios nos confía una misión que hay que llevar a cabo.

Y como Moisés, ninguno estamos a la altura para salir con éxito de las obras de Dios. Ante la magnitud de la tarea, nos sentimos siempre muy pequeños. Eso es un buen signo.

La fuerza de aquél que ha recibido la misión no le viene de sí mismo, es una fuerza de Dios: **Yo estaré contigo.** Unas palabras que Dios repetirá a sus amigos de todos los tiempos al enviarlos a la misión evangelizadora como sus discípulos misioneros.

Para la reflexión:

- ¿He descubierto cuál es mi vocación? ¿Me siento enviado a ser discípulo misionero?
- Como Moisés, ¿pongo impedimentos, excusas... para no responder a la llamada de Dios? ¿Cuáles? ¿Qué me responde Dios a las dificultades que planteo?
- Dios está más presente en el mundo si nosotros no estamos ausentes; que Él se hace especialmente cercano a las personas cuando nosotros nos hacemos “próximos”. ¿A dónde me envía Dios como discípulo misionero? ¿Cómo hago presente o podría hacer presente su Reinado?
- ¿Qué eco tienen en mi interior las Palabras de Dios: Yo estaré contigo?

5º Retiro: DISCÍPULOS MISIONEROS... COMO MOISÉS

(Extraído de “Llamados por la Gracia de Cristo – Material de ACGA”, “*Evangelii Gaudium*”
“*Gaudete et exsultate*”, Revista ORAR)

VER:

Murió José así como sus hermanos y toda aquella generación. Los israelitas eran muy fecundos y se multiplicaron mucho; aumentaban progresivamente y llegaron a ser tan numerosos que llenaron toda aquella región... Entonces pusieron sobre ellos capataces que los oprimiesen con duros trabajos... los egipcios los sometieron a una dura esclavitud y les hicieron la vida imposible, obligándolos a hacer trabajos extenuantes... El faraón dio esta orden a todo su pueblo: “Arrojad al río a todos los niños que nazcan; a las niñas, dejadlas vivir.”

Un hombre de la familia de Leví se casó con la hija de otro levita. Ella concibió y dio a luz un hijo y al ver que era muy hermoso lo tuvo escondido durante tres meses. No pudiendo ocultarlo más, tomó una cesta de papiro, la calafateó con betún y pez, puso dentro de ella al niño y la dejó entre los juncos de la orilla del río.

Entonces la hija del faraón bajó a bañarse al río y vio la cesta en medio de los juncos. Cuando la abrió y vio al niño, que estaba llorando, se sintió conmovida. La hermana del pequeño fue a buscar a la madre del niño, a quien la hija del faraón encargó: “Toma este niño y criámelo; yo te lo pagaré.” La mujer tomó al niño y lo crió. Cuando se hizo grandecito, se lo llevó a la hija del faraón, la cual lo adoptó y le dio el nombre de Moisés.

(Ex 1, 6-2, 10)

- Moisés es objeto de una providencia especial de Dios. ¿Puedo yo decir algo semejante? ¿He gozado de una buena familia, he recibido una buena educación? ¿Qué circunstancias, experiencias... he vivido que me han servido de mucho luego como persona cristiana adulta?
- Si me detengo a pensar, ¿en dónde estaría si el Señor no me hubiera tendido su mano? Por lo que puedo intuir, ¿en qué habría sido diferente mi vida?
- El desierto será el segundo lugar de la formación de Moisés: ¿he tenido yo alguna época de “desierto”? ¿Qué experiencias aprendí durante ese periodo?

JUZGAR:

Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Trashumando por el desierto llegó al Horeb, el monte de Dios, y allí se le apareció un ángel del Señor, como una llama que ardía en medio de una zarza. Al fijarse, vio que la zarza estaba ardiendo pero no se consumía.

Entonces Moisés se dijo: «Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión, y ver por qué no se consume la zarza».

Cuando el Señor vio que se acercaba para mirar, le llamó desde la zarza: - ¡Moisés! ¡Moisés! Él respondió: - Aquí estoy.

Dios le dijo: - No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado.

Y añadió: - Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios.

El Señor siguió diciendo: - He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. Voy a bajar para liberarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí. He visto también la opresión a que los egipcios los someten. Ve, pues; yo te envío al faraón para saques de Egipto a mi pueblo.

Moisés dijo al Señor: - ¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los Israelitas?

Dios le respondió: Yo estaré contigo y ésta será la señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte.



Moisés replicó a Dios: - Bien, yo me presentaré a los israelitas y les diré: El Dios de vuestros antepasados me envía a vosotros. Pero si ellos me preguntan cuál es su nombre, ¿qué les responderé? Dios contestó a Moisés: - Yo soy el que soy. Explícaselo así a los israelitas: «Yo soy» me envía a vosotros.

Y añadió: - Así dirás a los israelitas: el Señor, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, así me recordarán de generación en generación.

Ellos te escucharán. Entonces irás con los ancianos de Israel al rey de Egipto y le diréis: «El Señor, el Dios de los hebreos, se nos ha manifestado; permítenos hacer una peregrinación de tres días por el desierto para ofrecer sacrificios al Señor, nuestro Dios».

(Ex 3, 1-18)

- Moisés se encuentra con Dios en el desierto: ¿en qué “desiertos” de mi vida puedo descubrir también la presencia de Dios?
- ¿Qué “terrenos sagrados” piso habitualmente? ¿Voy con cuidado?
- Moisés, ante la zarza ardiente, siente curiosidad, quiere comprender, busca respuestas: ¿Cuál es mi actitud ante el Misterio de Dios? ¿En qué temas necesito buscar respuestas? ¿Cómo las busco?
- Dios llama a Moisés por su nombre: ¿En alguna ocasión me he sentido llamado personalmente por Dios, o que su Palabra iba dirigida particularmente a mí?
- He visto... he oído... conozco: ¿Tengo experiencia de la cercanía de Dios en situaciones de sufrimiento? ¿Puedo afirmar que “ve, escucha y conoce” a las personas en dicha situación?
- Dios revela a Moisés su nombre: ¿Qué nombre doy yo a Dios? ¿Qué significa para mí que Jesús sea el Nombre definitivo de Dios?

ACTUAR:

Moisés respondió: - No me creerán, ni me escucharán; dirán que no se me ha aparecido el Señor.

El Señor le dijo: - ¿Qué tienes en tu mano? Él respondió: - Un cayado. El Señor le dijo: -Tíralo al suelo. Él lo tiró y se convirtió en una serpiente. Al verla, Moisés se echó hacia atrás. Pero el Señor le dijo: -Échale mano y agárrala por la cola. Al echarle mano y agarrarla por la cola la serpiente se convirtió de nuevo en cayado. -Así creerán que me he aparecido a ti, yo, el Señor, el Dios de tus antepasados, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

Moisés dijo al Señor: -Pero, Señor, yo no soy un hombre de palabra fácil. No lo era antes, ni tampoco lo soy desde que tú me hablas; soy tardo en el hablar y torpe de lengua.

El Señor le replicó: -¿Quién ha dado al hombre la boca?, ¿quién hace al sordo y al mudo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, el Señor? Así que, vete; yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de decir.

Moisés replicó: -Ay, Señor, envía a cualquier otro.

El Señor se irritó contra Moisés y le dijo: -Ahí tienes a tu hermano Aarón, el levita; yo sé que él tiene facilidad de palabra. Saldrá a tu encuentro y al verte se alegrará. Tú le dirás lo que debe decir; yo estaré en tu boca y en la suya, y os mostraré lo que tenéis que hacer. Él hablará por ti al pueblo, él será tu portavoz. Lleva este cayado en la mano, porque con él realizarás los prodigios. (Ex 4, 1-17)

- ¿He descubierto cuál es mi vocación? ¿Me siento enviado a ser discípulo misionero?
- Como Moisés, ¿pongo impedimentos, excusas... para no responder a la llamada de Dios? ¿Cuáles? ¿Qué me responde Dios a las dificultades que planteo?
- Dios está más presente en el mundo si nosotros no estamos ausentes; que Él se hace especialmente cercano a las personas cuando nosotros nos hacemos “próximos”. ¿A dónde me envía Dios como discípulo misionero? ¿Cómo hago o podría hacerle presente?
- ¿Qué eco tienen en mi interior las Palabras de Dios: Yo estaré contigo?